



*Anna
Casanova*

FELIZ NAVIDAD

© Anna Turró Casanovas, 2008

Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del propietario. Todos los derechos reservados.

Diseño portada: © Marina Turró Casanovas, 2008 – Web: www.marinaturro.com

Depósito Legal: B-2951-09

ANNA CASANOVAS

FELIZ NAVIDAD

1

Londres, diciembre de 2008

Faltaban dos semanas para Navidad. Dos malditas semanas, y eso significaba que, como mínimo, tendría que soportar esa música horrible y esas luces horrorosas durante veinte días más. Jack odiaba la Navidad. No podía soportarla. Se suponía que en esas fechas todo el mundo era feliz, pero era justo entonces cuando él más recordaba que jamás volvería a serlo.

Sí, Jack odiaba la Navidad, pero no porque fuera un antisistema, o porque creyera que era un invento de las grandes superficies para aumentar el consumo, ni porque pensara que los villancicos eran instigados por el mismo diablo. No, la odiaba porque durante el resto del año podía convencerse de que no echaba de menos a Kat, mientras que a finales de diciembre le resultaba imposible.

-¡Vigila por dónde vas! –le gritó el conductor de un taxi. Y con razón: había cruzado sin mirar. A este paso acabaría en urgencias.

Se aseguró de que aún tenía todas las extremidades pegadas al cuerpo y se paró a encender un cigarrillo. Hacía cinco años que oficialmente había dejado de fumar, cinco años, los mismos que hacía que Kat lo había abandonado. Pero cada año por esas fechas se compraba un paquete y se lo iba fumando a lo largo de todas las fiestas. Y ese roce con la muerte bien se merecía un par de caladas. No dudó en sacar un pitillo y encenderlo en medio de la calle. Sabía perfectamente que no estaba bien visto, pero le importaba una mierda; si a sus conciudadanos les molestaba el humo que se fueran a otra parte, él ya no podía más.

Ese año, no pensar en Kat le estaba costando muchísimo más que los anteriores; tal vez fuera porque sus amigos, Gabriel y Amanda, estaban ahora felices y enamorados. No era que tuviera celos, para nada, aunque cuando los veía a veces tenía ganas de estrangularlos. Ni tampoco era que no le gustaran sus respectivas parejas: Ágata era genial, y David no tardaría en convertirse en uno de sus mejores amigos. No era eso. Reanudó la marcha, esforzándose por no tropezar con nadie, y trató de pensar en otra cosa. Cuatro pasos más adelante se dio por vencido y volvió a pensar en Kat. Si era sincero consigo mismo, y Jack tenía la mala costumbre de serlo, debía reconocer que sabía perfectamente por qué ese año le estaba costando más. Esas Navidades habrían celebrado su séptimo aniversario de boda y ellos dos siempre habían dicho que, si seguían juntos entonces, iban a pensar en tener niños.

-Bueno –dijo en voz alta-. No estamos juntos.

Tiró la colilla al suelo y apretó los puños con fuerza para no coger otro pitillo. Tenía que reservarlos, aún faltaban muchos días para el año nuevo, y tenía la sensación de que iban a hacerse eternos. Sonó el móvil y Jack, agradecido por la distracción, contestó sin mirar.

-¿Sí?

-Hola, Jack, ¿te pilla en un mal momento? –preguntó David.

-No, estoy tratando de llegar a mi casa. Hay tanta gente comprando que tengo la sensación de estar participando en una carrera de obstáculos –se quejó Jack.

-No será para tanto.

-Para ti es muy fácil decirlo, viviendo como vives en las afueras –insistió.

-De eso precisamente quería hablarte. Amanda y yo habíamos pensado en organizar la cena de Navidad en casa. Sus padres están de viaje y los míos están dispuestos a «sacrificarse» -dijo David en broma-. Están tan contentos con lo de la boda que todo les parece bien.

«Eso, recuérdame que hay parejas felices y que en abril tendré el honor de ser el padrino de tu boda», pensó Jack, y luego se reprendió a sí mismo por sus malos pensamientos. Amanda y David se merecían ser felices; no todos los hombres eran tan idiotas como él y permitían que la mujer de su vida se les escapara de entre los dedos.

-¿Has oído lo que te he dicho? –preguntó David.

-Por supuesto. –No tenía ni idea de lo que había sucedido durante el último medio minuto.

-Entonces, ¿vendrás?

-Claro. -¿Estaban hablando de la cena para la que aún faltaban dos semanas?

-Perfecto, pues te esperamos a las diez –añadió contento su interlocutor.

-¿A las diez? David –suspiró y confesó-, no sé de qué me estás hablando.

-Ja, lo sabía. No te preocupes, Amanda ya me ha contado que estás pasando unos días difíciles. –Hizo una pausa para ver si Jack le decía algo más, pero al no hacerlo continuó-: Te he preguntado si mañana te apetecería ir a pasear con nosotros. Tenemos pensado ir al mercado de Borough, y tal vez luego podríamos ir a comer.

-No sé, tengo trabajo acumulado –le dijo, y era verdad-. Creo que me quedaré en casa y me pondré al día.

-De acuerdo. –David tuvo el acierto de no insistir-. Pero llámame si cambias de opinión.

-Está bien. Tengo que dejarte, me estoy acercando a un paso de peatones y necesito estar concentrado para cruzarlo.

Su amigo se rió y colgó sin más.

A pesar de los malos presagios, Jack consiguió cruzar ese paso cebra y tres más sin salir herido. Pero a medida que se iba acercando a su casa, una sensación extraña iba invadiéndole. Era un ligero cosquilleo, como si la piel del final de la espalda hubiera entrado en contacto con un pedazo de hielo y el frío le estuviera entrando poco a poco por las venas. No le gustaba nada. En su profesión había aprendido a hacer caso de sus instintos y en ese preciso instante le estaban diciendo que saliera de ahí corriendo. Que huyera. ¿De qué? Ese diciembre estaba resultando en verdad horrible, no sólo no dejaba de pensar en Kat, sino que ahora también iba a volverse loco. Furioso consigo mismo entró en una tienda que había a pocos metros de su portal. Tal vez había dejado de fumar, pero beber era otra cuestión y esa noche iba a emborracharse.

Muy poca gente lo sabía, pero Jack era licenciado en Historia. Había estudiado la carrera por vocación: las leyendas de los faraones, de los emperadores romanos, de los caballeros de la edad media siempre le habían fascinado, y creyó que estudiando historia lograría entenderlos y podría proteger su legado. Le bastó un día en la facultad para perder todas esas ilusiones y darse cuenta de que aquella concepción tan romántica que lo había impulsado a emprender esos estudios era un espejismo, un sueño. De todos modos, Jack se licenció con honores, y a esa licenciatura tenía que agradecerle dos cosas: su afición a la fotografía y haber conocido a Kathryn. A lo largo de los años la fotografía se había convertido en algo más que una afición; había pasado a ser su profesión. Y Kat... podría decirse que ella también se convirtió en algo más.

Al terminar la carrera, Jack trabajó en un museo durante unos meses, pero no tardó en darse cuenta de que eso no era lo que quería hacer durante el resto de su vida. Así que decidió arriesgarse y buscar trabajo en otros sectores. Por suerte, el destino se apiadó de él y una mañana conoció a Sam Abbot, su actual jefe y director de *The Whiteboard*, quien le ofreció ir a Egipto para hacer un reportaje gráfico sobre el estado actual de las pirámides. Jack casi lo besa allí mismo. Ahora sabía que Sam era famoso por tomar decisiones arriesgadas, pero jamás podría agradecerle que le hubiese dado una oportunidad como aquella. Jack fue a Egipto,

hizo su reportaje, y se convirtió en uno de los fotógrafos documentales más importantes del país. Todo el mundo, bueno, casi todo el mundo, alababa sus fotografías, y decían que contenían una extraña mezcla entre añoranza del pasado y visión de futuro. Fuera lo que fuese lo que querían decir con eso. Y mientras él hacía realidad su sueño de perpetuar la historia, Kat siguió a su lado... hasta que un día, cansada de estar sola, se fue.

El golpe seco que dio la botella al golpear el suelo lo sacó de su ensimismamiento. Acababa de romper una botella de un gran whisky. Mierda. Cogió otra y pagó antes de que esa futura borrachera le saliera por un ojo de la cara. Abrió el portal de la calle y se cruzó con una vecina, la mujer del tercero cuarta, que lo miró de un modo muy raro. Subió por las escaleras, su piso estaba en la cuarta planta, pero no le apetecía coger el ascensor. Cuanto más ejercicio hiciera ahora, menos culpable se sentiría por pasarse el fin de semana tumbado en el sofá regodeándose en su miseria. En el último tramo de peldaños la misma sensación de antes volvió a recorrerle la espalda. Sacudió la cabeza para despejarse y cuando alcanzó el rellano supo a qué se debían esos escalofríos. Al llegar allí entendió perfectamente las súplicas de sus instintos. Sentada en el portal estaba ella, Kat, y sin dudarle si quiera, cogió un cigarrillo.

2

-No deberías fumar. –Fueron las primeras palabras que pronunció tras cinco años de silencio.

-Lo sé –respondió él lacónico.

-Además, aquí no se puede.

-Eso también lo sé.

Se quedaron mirándose el uno al otro unos segundos. Jack incluso parpadeó, como si creyera que se trataba de una alucinación, pero no, cuando volvió a abrirlos ella seguía allí. No había cambiado nada, excepto en los ojos, que parecían más tristes, más serios, apagados.

Aunque Kat siempre había tenido los ojos tristes, de hecho, la canción *Sad Eyes* de Bruce Springsteen siempre le hacía pensar en ella, antes solían resplandecer desde el interior. Ahora ya no, aunque seguían siendo de un azul precioso, como el mar en invierno. Mucha gente creía que Kat tenía los ojos negros, pero Jack sabía perfectamente que no, que eran de un azul profundo, igual que el cielo antes de una tormenta. Llevaba el pelo recogido, y él no pudo evitar preguntarse cuándo había decidido dejárselo largo. Cuando estaban juntos solía llevar su negra melena corta, justo por debajo de la oreja, como si fuera una bailarina de charleston. Iba vestida como siempre, sin importarle los dictados de la moda, fiel a sus vaqueros y a sus zapatillas deportivas. A Kat, con su metro setenta y cinco, nunca le habían hecho falta los tacones, pero estaba guapísima cuando se los ponía. Y como Jack era también muy alto, ella seguía pareciendo pequeña y delicada a su lado.

-¿Qué haces aquí?

-¿Puedo entrar?

Preguntaron ambos al mismo tiempo, pero fue él quien, olvidándose de sus modales, continuó:

-¿No tienes llave?

-¿No cambiaste el cerrojo? –preguntó ella sin ocultar su sorpresa.

Entonces Jack se dio cuenta de su error y, como ni loco iba a confesarle que no lo había hecho por si ella quería volver, respondió con una evasiva.

-No he tenido tiempo. –Ella tuvo el detalle de no mencionar que habían pasado cinco años-. ¿Qué haces aquí? –repitió.

-¿Puedo entrar o no? –Kat siempre había sido muy terca, y al parecer en eso tampoco había cambiado.

Jack no respondió, pero hundió la mano en el bolsillo del pantalón para buscar las llaves. Abrió sin ningún miramiento y fue directamente a la cocina para servirse una copa.

-¿Quieres una? –le ofreció mientras abría el armario de los vasos.

-Supongo que me hará falta.

Sin decir más, sirvió dos copas más que generosas y encendió las luces del salón. Se bebió la suya de golpe y, como se había llevado la botella con él, se sirvió otra. Se sentó en un sofá, estiró las piernas, volvió a doblarlas, y con los codos apoyados en sus rodillas la miró a los ojos.

-¿Vas a decirme a qué has venido o no?

-Mi padre se está muriendo –respondió ella, sentándose en otro sofá.

Y con esa frase Kat empezó a llorar y a Jack se le rompió el corazón. Su Kat nunca lloraba, nunca, ni siquiera cuando él la traicionó del peor modo posible. El llanto de Kat era desgarrador por su silencio, si alguien la hubiera visto creería que sólo tenía los ojos cerrados. Apenas hacía ruido, y mantenía las manos apretadas en su regazo. Jack no supo ni cómo ni cuándo se había levantado, pero segundos más tarde estaba junto a ella, y le acariciaba la espalda para tratar de tranquilizarla. La habría abrazado, pero no sabía si ella habría aceptado el abrazo, ni si él estaba preparado para dárselo. Poco a poco, las lágrimas dejaron de resbalarle por las mejillas y sin decir nada se levantó y fue al baño. Jack se bebió la segunda copa, la necesitaba.

-No deberías beber con el estómago vacío, y me juego lo que quieras a que aún no has cenado –dijo ella en voz baja al acercarse.

-Dejé de fumar –se defendió él, y al ver que Kat enarcaba las cejas se lo explicó-. Hace cinco años, pero en diciembre hago una excepción. –No hacía falta que le contara por qué.

-Creía que no te gustaba el whisky.

-Y no me gusta, pero tenía la sensación de que esta noche iba a hacerme falta. Y ya ves, resulta que tenía razón.

Ella lo miró extrañada pero no dijo nada, y volvió a sentarse donde estaba.

-Siento mucho lo de tu padre. ¿Puedo hacer algo? –Jack seguía sin entender nada, pero sabía que el único modo de solucionar esa situación era preguntárselo directamente.

-Gracias. Y sí, sí que puedes hacer algo. Creo que me beberé mi whisky. –Y dicho y hecho vació la copa de un trago-. Hace nueve meses mi padre empezó a encontrarse mal, no sólo físicamente, sino que también empezó a olvidar cosas. Al principio creí que era la edad, al fin y al cabo tiene setenta y tres años, pero pronto

vi que algo iba mal. –Respiró hondo y levantó la cabeza-. Después de miles de pruebas, nos dijeron que tenía una enfermedad degenerativa y que, con un poco de suerte, le quedaba un año de vida. De eso hace ya ocho meses, y la verdad es que se encuentra bien, pero yo no puedo quitarme de la cabeza que sólo me quedan cuatro meses más para estar con él.

-Tal vez los médicos se equivoquen –dijo él, a pesar de que sabía que hoy en día no solían hacerlo-. O tal vez tu padre decida llevarle la contraria a la muerte y quedarse más tiempo aquí. Ya sabes cómo es.

Kat esbozó una sonrisa, y por un instante Jack creyó ver a la muchacha de la que se había enamorado.

-Sí. –Se secó una lágrima rebelde-. Tozudo como una mula.

-¿Y qué puedo hacer yo? ¿Quieres que le pregunte a Sam si conoce a algún médico? –Se levantó del sofá.

-No, no hace falta. Gracias.

-¿Necesitas dinero? –preguntó indeciso, Kat era una mujer muy independiente y sabía que no había ido allí para eso.

-No, tampoco. –Respiró hondo-. Quiero volver a casarme contigo.

Jack se sentó de golpe para evitar caer desplomado en medio de su salón.

-¿Qué has dicho?

-Quiero que volvamos a casarnos. No hace falta que sea de verdad. –Se sentó frente a él y lo miró a los ojos-. A mi padre siempre le gustaste.

-Y él a mí –dijo Jack sin dudar y con total sinceridad.

-Y en estos últimos meses está obsesionado con que me va a dejar sola en el mundo, y todas esas cosas. –Movié las manos a modo de explicación-.

Últimamente no para de hablar de ti. –«Y del error tan grande que cometí al dejarte», pensó para sí misma-. Y se ha puesto muy pesado diciendo que quería verte de nuevo. Así que, para tranquilizarle, le dije que habíamos vuelto a vernos. Pensé que así dejaría de insistir.

-¿Y? –preguntó él ansioso.

-Me equivoqué. Fue a más. –Suspiró-. Supongo que estarás ocupadísimo, como siempre –añadió con algo muy parecido al ríntintín-, pero te agradecería muchísimo que fingieras que volvemos a estar juntos. No sé, podrías venir a pasar la mañana del sábado, y luego a cenar una noche, y cosas por el estilo. Y en Navidad, podríamos decirle que volvemos a casarnos. Eso le haría muy feliz.

-¿Y cuando llegue la fecha de la boda, qué? –preguntó él sin pensar, pero cuando vio el rostro de dolor de Kat se habría abofeteado por imbécil.

-Tranquilo, se morirá antes.

-Kat, no quería decir eso.

Ella ignoró el comentario y se levantó para ir a buscar el abrigo que había dejado junto a la entrada.

-Sabía que estaba cometiendo un error. Lamento haberte molestado. Me voy. –Abrió el bolso que llevaba-. Toma las llaves.

A Jack le sorprendió ver que aún las conservaba. ¿Por qué iba a hacerlo si estaba convencida de que había cambiado el cerrojo?

-Kat, lo siento. –La cogió por el brazo y vio que ella lo apartaba al instante-. De verdad que no quería decir eso.

Ella no dijo nada, pero se quedó allí donde estaba.

-¿Vives con tu padre? –preguntó en son de paz.

Tras el divorcio ella se había ido una época a Italia, donde había conseguido trabajo como comisaria de una exposición itinerante del Museo Británico. Y al regresar se había instalado en un pequeño pueblo a las fueras de la ciudad. Al igual que Jack, Kat había estudiado una carrera por vocación, pero en su caso había sido la de Bellas Artes. Ella y Jack se conocieron un día en el que él, en un intento desesperado por poder estudiar, había acudido a refugiarse a la biblioteca de su facultad. Kat lo vio tan pronto cruzó la puerta, sintió un ligero cosquilleo en los dedos y supo que tenía que retratarlo. Así que, reuniendo un valor que no tenía, se acercó a él y le pidió que posara. Jack aceptó, pero con la condición de que luego fueran a tomar un café y que, si algún día se hacía famosa, le comprara un castillo. El castillo jamás llegó a comprárselo, pero sí que fue a tomar ese café, y luego otro, y otro.

-Sí –respondió ella, que había estado unos segundos presa de los recuerdos-. Sí, así puedo estar con él. Y por suerte, desde allí también puedo llegar con facilidad al colegio en el que trabajo.

-¿Trabajas en un colegio? –El único modo que había encontrado Jack para sobrevivir a su ausencia era no saber nada de ella. Y ahora le avergonzaba.

-Sí, soy profesora de arte. Estoy muy contenta, y la escuela me deja utilizar sus instalaciones para pintar en mis ratos libres.

-Me alegro, siempre te gustó dar clases.

Fue como un instante sacado del tiempo, y ambos lo guardaron en silencio en sus respectivos corazones.

-Debería irme ya. No quiero llegar tarde –dijo ella mirando el reloj.

-¿Quieres que vaya mañana? –le preguntó él cuando la mano de Kat ya estaba de nuevo en el picaporte.

-¿Te acuerdas de cómo llegar? –dijo ella sin darse media vuelta.

Jack había visitado al que había sido su suegro un montón de veces, y se acordaba perfectamente del camino.

-No hay problema, tú dime a qué hora quieres que esté.

-Ven a las doce, así podréis charlar un rato antes de comer. Y cuando mi padre se acueste a hacer la siesta, te vas. Si pregunta por ti cuando se despierte, ya me inventaré alguna excusa, antes se me daba muy bien.

A Jack le dolió esa crítica pero se mordió el labio para no contestar. Y lo hizo por dos motivos: uno, Kat tenía razón, durante el segundo año de su matrimonio él la había dejado tirada más veces de las que quería recordar, y dos, no tenía intención de irse. Esta vez iba a hacerlo bien. Esta vez iba a estar a su lado, aunque ya fuera demasiado tarde.

-Allí estaré.

-Si no pudieras venir, llámame antes.

Y con ese comentario, que dejaba aún más claro que no confiaba en él, que no le había perdonado y que seguía creyendo que era un desastre emocional con patas, Kat se fue y lo dejó allí sólo. Pensando. Y por increíble que pareciera, Jack llegó a la conclusión de que quizá, y sólo quizá, la Navidad de ese año no sería tan horrible como había temido.

3

Apartamento de Jack y Kat, 7 de diciembre de 2001

Era su primer aniversario de boda. Kat estaba sola en casa, acababa de llegar del museo en el que trabajaba como restauradora, y se había puesto a cocinar. Iban a celebrarlo con una cena a la luz de las velas; no era demasiado original pero su economía no daba para más. Jack había decidido dejar su trabajo y aún no había dado con algo que lo satisficiera. Ojalá la entrevista de esa mañana le hubiera ido bien. Ella no tenía ningún problema en ser la única que trabajara, pero Jack estaba cada vez más triste, más agobiado, y empezaba a obsesionarse.

-Tesoro, ya estoy en casa –dijo él al entrar. Y fue a la cocina para darle un beso-. ¿Qué estás cocinando?

-Ya lo verás –le respondió ella al soltarlo-. ¿Cómo te ha ido?

-Muy bien, tengo un buen presentimiento. El señor Abbot dirige varios periódicos y creo que le he causado muy buena impresión. Me ha dicho que me llamará mañana.

Aún no le había dicho nada del aniversario, pero Kat no se enfadó, sabía que había estado muy preocupado con lo de esa entrevista. Seguro que se lo diría más tarde. Así que siguió cocinando mientras él ponía la mesa, y cuando salió con la bandeja de pasta casi se le cae al suelo de la impresión. Su pequeño salón estaba lleno de pétalos de rosas rojas y velas blancas.

-Feliz aniversario –le susurró él al oído quitándole la bandeja para evitar un accidente.

Kat siguió sin decir nada. Se había acordado.

-Feliz aniversario –consiguió murmurar-. Te quiero.

-Y yo a ti.

Y se fundieron en un beso. Un beso que decía que iban a estar juntos toda la vida, un beso que demostraba que no se habían precipitado casándose tan jóvenes, que dejaba claro que una puede casarse con el primer chico al que besa de verdad y ser feliz. Sus labios, a pesar de que conocían todos los secretos de los del otro, se derritieron, y pronto Jack deslizó la mano por los botones de la camisa de su esposa.

-¿Se estropeará la pasta?

-No.

Claro que se estropearía, pero qué más daba, siempre podían encargarse que les trajeran una pizza, y hacer el amor entre miles de pétalos de rosa y bajo la luz de las velas no sucede cada día. Hicieron el amor, despacio, lentamente, y al terminar se quedaron abrazados en el sofá. Jack le contó con pelos y señales todo lo que le había preguntado el señor Abbot, y ella escuchó atenta cada detalle, feliz de ver que su marido volvía a sonreír. Al final, pudieron salvar la pasta, y se la comieron directamente en la bandeja, allí acurrucados, y bebiendo un extraordinario vino tinto.

Al día siguiente, Sam Abbot llamó a Jack para decirle que lo contrataba, y que su primer trabajo consistía en acompañar a un par de periodistas a Egipto para hacer un reportaje sobre el declive de las pirámides. Jack y Kat celebraron la noticia por todo lo alto, y esa noche fueron al teatro y a cenar. Al regresar a casa hicieron el amor, pero no con la ternura del día anterior, sino con la pasión que nunca había dejado de arder entre ellos. Ninguno de los dos podía imaginarse lo mucho que iban a cambiar las cosas.

Junio de 2002

-¿Cómo que no puedes venir? –preguntó Kat enfadadísima.

-Este sábado me voy a Croacia –respondió él sin dejar de deshacer la maleta.

-Pero si acabas de regresar de no sé dónde.

-De Singapur –apuntó él con soberbia-. Y si te interesaras más por mí, tú también lo sabrías.

-¡Si me interesara más por ti! –Eso era el colmo-. Pero si apenas podemos hablar por teléfono dos minutos al día. Y nunca tienes tiempo de contestar los e-mails que te mando.

-Lo siento, pero no sé si sabrás que la política internacional o los desastres naturales no tienen horarios. –Eso era una chorrada, y Jack lo sabía perfectamente.

No había escrito porque estaba entusiasmado con todo lo que le estaba pasando y no quería perderse ni un minuto. Los últimos seis meses habían sido, profesionalmente hablando, increíbles. Había visitado países muy interesantes, y sus fotografías habían aparecido en miles de publicaciones. Por no mencionar el interés que habían demostrado en él varios medios de prensa. Al principio, se había sentido culpable por pasar tanto tiempo lejos de casa, pero Kat había sido muy comprensiva y le apoyaba en todo. Pero poco a poco, las estancias en Londres se

fueron acortando, y Jack tuvo la sensación de que él y su esposa llevaban vidas separadas.

-¿De verdad es tan importante la celebración de la tía Millie? –preguntó él, retomando la conversación.

-¡¿La celebración?! No puedo creerlo, ni siquiera sabes de qué se trata.

-¿No íbamos a celebrar el solsticio de verano o algo así?

-No, Jack, no. Íbamos a celebrar que el marido de la tía Millie, Bart, ha muerto.

-Dios. –Ahora sí que había metido la pata.

-Sí, Dios sí va a venir.

Él no lo dudó un instante y se acercó a ella y la abrazó.

-Lo siento mucho, tesoro. Me he comportado como un imbécil.

Kat hundió la nariz en el cuello de su esposo.

-Es verdad –dijo ella, pero lo abrazó más fuerte.

-Llamaré al periódico y les pediré que me busquen un vuelo para el lunes. ¿Qué te parece? –Agachó la cabeza un poco y le besó la punta de la nariz-. ¿Me perdonas?

-Claro. –Ella se puso de puntillas y lo besó en los labios-. Pero te echo mucho de menos.

-Y yo a ti. –Y lo decía en serio, pero no quería perder esa oportunidad-. Vamos, no estés triste. –Se dieron un último beso y luego Jack la soltó-. Voy a llamar ahora mismo, y tendrás que soportarme todo el fin de semana.

Kat sonrió y lo dejó solo para que pudiera hacer la llamada.

Ese sábado, Jack se subió al vuelo K7569 con destino a Croacia y Kat asistió sola al funeral de uno de sus tíos preferidos. Su padre trató de consolarla, le dijo que tampoco pasaba nada que, al fin y al cabo, el pobre de Bart no se había enterado del desplante, pero ella sabía que sí pasaba. Y cuando esa noche él no la llamó, y al día siguiente lo único que recibió fue un e-mail diciendo que había llegado bien, supo que algo iba mal, muy mal. Y, por primera vez desde que conocía a Jack, Kat lloró desconsolada.

7 de diciembre de 2002

Jack se había olvidado de su aniversario de boda. No sólo se había olvidado, sino que ni siquiera estaba allí. Ni siquiera estaba en el país, ni en Europa, puestos

a ser generosos. Estaba en Costa Rica, fotografiando unas importantísimas cataratas. Llegó a Londres el día veinte, y Kat no fue a buscarlo al aeropuerto. Ella siempre iba a buscarlo, era una costumbre que tenían, y al llegar a casa hacían el amor con desesperación, como si quisieran compensarse por el tiempo que habían estado separados, como si no pudieran soportar estar juntos y no tocarse.

Cuando Jack vio que Kat no estaba en la zona de llegadas, buscó el teléfono móvil para llamarla, pero ella no contestó. Llamó a casa y tampoco obtuvo respuesta. Se preocupó un poco pero pensó que se habría entretenido en el trabajo y se habría olvidado. Aunque eso no era nada propio de ella. Cogió un taxi, y durante el camino empezó a pensar en los últimos e-mails que se habían intercambiado. Habían sido muy breves, y poco afectuosos, pero hasta ese momento no se había dado cuenta. Los pasados meses habían sido muy difíciles para ambos, y habían discutido mucho, muchísimo. Él le había prometido que bajaría el ritmo, pero aún no lo había conseguido. Y ella, aunque trataba de ser comprensiva, no entendía lo que aquello significaba para él. Bueno, ahora que iba a pasar tres semanas en Inglaterra seguro que las cosas volverían a la normalidad.

Tan pronto como abrió la puerta de su apartamento supo que se había equivocado. Kat no estaba. Se había ido y encima de la mesa había una carta:

Jack, esto no funciona. No puedo más, y por lo poco que me echas de menos, supongo que tú tampoco eres feliz.

Se desplomó en el sofá y siguió leyendo sin quitarse el abrigo.

He aceptado un trabajo en Italia, empiezo a finales de enero, y no regresaré hasta verano. Creo que lo mejor será que nos divorciemos, no tiene sentido que sigamos así. Cuando nos casamos, creía que íbamos a compartir nuestro futuro, pero últimamente sólo compartimos e-mails y llamadas de medio minuto. Nunca estás aquí, y creo que me he acostumbrado a no necesitarte. Sé feliz, busca a alguien que no te ate tanto como yo, porque así es como me has hecho sentir en estos últimos meses, como si fuera un lastre para tu carrera. Espero que algún día te des cuenta de que siempre te he apoyado, y que me siento muy orgullosa de tus éxitos, pero creía que cuando triunfaras querrías compartirlo conmigo. Supongo que los dos nos hemos equivocado, pero por suerte aún somos jóvenes y no tenemos hijos.

Jack tuvo la sensación de que a ella le había temblado el pulso al escribir esa última palabra.

Te dejo la tarjeta del abogado al que le he llevado los papeles, llámale y, si te gusta, concierta una cita con él.

Arrugó el pedazo de papel en un puño, pero furioso, y con lágrimas en los ojos, llamó al abogado. Todo lo que le contó el letrado le pareció bien y le pidió que organizara una reunión, con la otra parte, para el día veintitrés.

En esa horrible carta no había ni un «te quiero», ni un «cariño», ni le daba la más mínima esperanza de solucionar las cosas. Nada. Era un corte sano, limpio, de esos que casi no sangran. Se quitó el abrigo y encendió un cigarrillo. A Kat siempre le había molestado que fumara, pero últimamente se había convertido en un tema de discusión, así que lo apagó y tiró la cajetilla a la basura. Con lo poco que le habría costado hacerlo antes y lo mucho que le habría gustado a ella verlo, y lo hacía precisamente ahora que ya no servía de nada. Pensó en ir a casa del padre de Kat y pedirle a gritos una segunda oportunidad, pero supo que ella se negaría.

El día veintitrés la vio por última vez, estaba más delgada y tenía ojeras, pero supuso que él tampoco debía de tener muy buen aspecto. Estuvieron veinte minutos en el despacho del abogado, el tiempo justo y necesario para firmar los papeles sin intercambiarse ni una palabra. Al salir, Jack no pudo aguantarlo más y corrió tras ella.

-¡Kat!, espera.

Ella dudó unos instantes, pero se detuvo en medio de la acera.

-¿De verdad crees que ésta ha sido la mejor solución? –le preguntó cuando ella lo miró a los ojos.

-Has firmado, ¿no? Podrías no haberlo hecho, podrías haberlo impedido, pero no lo has hecho. Así que sí, supongo que ha sido la mejor solución –respondió ella con frialdad.

-¿No querías que firmara?

-¿No esperarás que responda a semejante estupidez, no? –Se colocó bien la bufanda-. Mira, lo mejor será que sigas con tus fotografías mientras yo trato de recomponer mi vida.

-¿Y mi vida?, ¿yo no necesito recomponerme?

-Vamos, Jack, por una vez sé valiente y asume la realidad. Llevas meses llevando una vida nueva, una vida en la que yo sólo aparecía de vez en cuando para echar un polvo.

Él retrocedió ante ese ataque brutal pero por desgracia acertado y no supo qué decir.

-Veo que no me contradices –dijo Kat, temblándole un poco la mandíbula-. Será mejor que me vaya.

En ese instante él iba a decir algo, y le cogió una mano para impedir que se fuera, pero le sonó el móvil y la soltó. Jack descolgó, y pronunció el nombre de su agente, olvidando que ella estaba allí, delante de él y con el corazón destrozado.

-Un momento –dijo junto al micrófono del teléfono, y lo cubrió con la mano-. Tengo que coger esta llamada.

-Por supuesto –farfulló ella-. Adiós.

Y se fue caminando despacio. Él no trató de seguirla, ni de detenerla, ni tampoco gritó su nombre en medio de la calle para evitar perderla. Nada. Ese día, ese veintitrés de diciembre, Jack perdió lo mejor de sí mismo, pero tardó meses en darse cuenta.

4

A las doce menos cuarto Jack se plantó frente al portal de la casa de Daniel Spencer, ansioso como un chaval que va a conocer al padre de su novia por primera vez. A Jack siempre le había gustado Daniel, y se arrepentía de no haber mantenido el contacto con él. Aunque, dada la estrecha relación que existía entre padre e hija, tal vez Daniel no habría querido seguir siendo amigo del tipo que había destrozado el corazón de su pequeña.

Kat abrió la puerta y le hizo pasar sin más, no lo saludó ni nada, sencillamente abrió y le dijo que pasara. Parecía más serena que la noche anterior, y tenía mejor cara, que no mejor humor.

-Hola. ¿Es demasiado pronto? –preguntó Jack a falta de algo mejor.

-No, mi padre aún no ha llegado de su paseo. A media mañana siempre sale un rato, siéntate, estará al llegar. ¿Te apetece un café?

-Por mí no te molestes.

Parecían dos desconocidos.

-No es molestia.

-Entonces sí, una taza de café me vendría bien. –A ver si así entro en calor, pensó él. La fría educación con la que Kat lo estaba tratando le estaba calando los huesos.

Minutos más tarde, ella apareció en el salón con una bandeja en las manos.

-Antes de que llegue mi padre –empezó ella-, me gustaría dejar las cosas claras. Te agradezco mucho que hayas venido pero tampoco querría que creyeras que esto es algún intento rocambolesco para volver contigo.

Jack la detuvo.

-No se me ocurre ni un solo motivo por el que quisieras volver conmigo. Y no tienes que agradecerme nada. Lamento mucho no haber sabido antes que tu padre estaba enfermo; debería haberlo llamado de vez en cuando, y debería haber preguntado por ti.

Kat se sonrojó incómoda, pero continuó:

-En fin, lo que quiero decir es que tampoco hace falta que hagas demasiado teatro. Mi padre está enfermo, no idiota, y se acuerda perfectamente de cómo fue nuestro último año de casados. –Vio que Jack la miraba a los ojos y siguió-: Lo único que te pido es que...

-¡Mira quién está aquí! –exclamó Daniel desde la puerta, y evitando que Kat pudiera terminar la frase-. Jack.

-Daniel, es un placer volver a verte. –Se levantó y fue a darle la mano, pero el hombre lo abrazó y él le devolvió el abrazo-. ¿Cómo estás?

-Bien, no te creas nada de lo que te haya dicho Kat, ya sabes que se preocupa demasiado.

-Lo sé.

De hecho, pensó Jack, sólo cuando Kat lo abandonó se dio cuenta de lo mucho que lo cuidaba, y de lo poco que él la cuidaba a ella.

-No paro de repetirle que lo único que pasa es que soy viejo, y que mi carrocería ya no está para trotes. –Se sentó en el sofá que su ex yerno había dejado vacante-. Pero si te soy sincero, esos médicos no me dieron demasiados ánimos.

-Podríamos pedir una segunda opinión.

-Cuarta –lo corrigió él-. Kat me ha llevado a tres especialistas. Todos coinciden, ha llegado mi momento. –No parecía triste, más bien sereno-. He tenido una buena vida, fantástica la verdad, pero me preocupa mi pequeña. Desde esas navidades...

-¡Papá! –Su hija lo fulminó con la mirada.

-Bueno, me alegro de que volváis a estar juntos, ¿eso sí que puedo decirlo no? –le preguntó en broma a Kat.

-Puedes decir lo que quieras, papá. ¿Acaso podría impedírtelo?

-Vamos, Kat. Todos sabemos que tu padre no puede negarte nada –los interrumpió Jack, en un intento por cambiar el tema de conversación. No quería retomar la amistad con Daniel con una mentira; él y Kat no estaban juntos, ella le había dejado bien claro que todo era una farsa.

-¿Le has enseñado a Jack los cuadros de Italia? –preguntó su padre, que al parecer esa mañana estaba muy inspirado.

-No. –Con los ojos volvió a dejarle claro lo que pensaba de su capacidad para mantener secretos-. No he tenido tiempo, y no creo que a Jack le apetezca verlos.

-Pues claro que me apetece. De hecho, me gustaría mucho.

Aún recordaba lo preciosos que eran los cuadros de Kat, y la fidelidad con la que reflejaban su estado anímico. En el pasado, ver una de sus obras le había bastado para saber qué pasaba por la cabeza de su esposa, y también por su corazón. La mañana después de hacer el amor con ella por primera vez se despertó solo en la cama y, envuelto en una sábana fue a buscarla. Ella estaba de pie ante un lienzo, vestida con la camiseta que él llevaba la noche anterior. Ese cuadro

había estado colgado en su habitación de matrimonio y, aparte de su ropa, fue lo único que ella se llevó de allí el día que se fue.

-Quizá más tarde –cedió ella, pero ambos sabían que no tenía intención de enseñárselos-. Voy a mi habitación a hacer unas llamadas, así vosotros podéis charlar un rato.

Kat, escudándose en esa excusa tan absurda, los dejó allí solos y Daniel no tardó en tomar las riendas de la situación.

-Jack, ven, siéntate aquí. –Dio unas palmaditas al cojín que tenía al lado-. Mírame a los ojos. –El joven obedeció-. ¿Acaso os creéis que soy tonto?

Jack se rió.

-¿Cómo lo has descubierto? –preguntó tratando de bajar el volumen para evitar que su cómplice se enterara.

-Vamos, por favor. Cuando Kat y tú estabais juntos, incluso al final, siempre os tocabais, u os mirabais de un modo que parecía que os acariciarais con la mirada. Pero cuando he entrado en casa, el aire estaba tan tenso que podría haberlo cortado con un cuchillo, y ni siquiera os habéis rozado. Por Dios, si ni siquiera os habéis mirado a los ojos.

-No te enfades. Kat lo ha hecho por ti. –Se frotó la cara con las manos-. No te preocupes, me iré antes de que baje.

-¿Pero qué tonterías estás diciendo? Tú te quedas aquí.

-Ahora sí que no entiendo nada –confesó Jack.

-Mira, por desgracia, la enfermedad que me está matando existe de verdad. Y Kat lo está pasando muy mal. –Lo miró a los ojos y añadió-: No quiero que esté sola. Y sé que no has dejado de quererla. –Su mirada no titubeó ni un instante-. No trates de negarlo. Por eso no me has llamado en todos estos años.

Si a Jack le hubieran cortado un brazo en ese preciso instante no lo habría notado.

-Eso lo dices tú, tal vez no te he llamado porque soy un impresentable –dijo él. Atacarse a sí mismo siempre le había funcionado muy bien como técnica de despiste.

-Eso también. –El hombre se levantó-. Creo que mi hija y tú deberíais hablar de lo que sucedió ese diciembre.

-¿Qué sucedió? –Hacía rato que Jack tenía la sensación de que padre e hija le ocultaban algo.

-Habla con ella, Jack. Tenéis que resolver las cosas. –Vio la cara de perdido del joven y se explicó-: No digo que tengáis que volver a estar juntos, pero no

podéis seguir así. Kat tiene que seguir adelante con su vida, y tú también. ¿O me dirás que en estos últimos cinco años has hecho grandes cosas a nivel personal?

Nada, no había hecho nada. Por supuesto que había tenido alguna aventura, quizá la más larga había durado dos noches. Pero básicamente había estado solo.

-¿Y qué quieres que haga?, ¿que la coja por el cuello y la obligue a decirme por qué llamó a un abogado antes de que yo llegara a casa? No sé, Daniel, fue ella la que cumplimentó la solicitud de divorcio.

-Pero tú mismo lo has dicho, tú no estabas. No te has preguntado nunca por qué lo hizo, ¿por qué no quiso hablar contigo?

Miles de veces, pensó él, y todas llegaba a una conclusión distinta. Las opciones iban desde que había conocido a otro, hasta que había decidido hacerse monja. Todo dependía de lo mucho que la echara de menos el día en que la infame pregunta se le pasaba por la cabeza. ¿Por qué no había querido hablar con él?

-¿Y qué propones? –Suerte que había dejado el paquete de tabaco en el coche, sino ya se lo habría fumado entero.

-Nada, sólo que le hagas compañía. Estos días tengo un montón de pruebas, y teniendo en cuenta la época del año en la que estamos, a Kat le vendría bien tener a un amigo a su lado.

Jack sabía que le estaba pidiendo mucho más.

-De acuerdo, pero si Kat se entera se pondrá furiosa.

Daniel respiró hondo, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

-Gracias –dijo con sinceridad su ex suegro.

-No me las des. No lo hago sólo por ella, ni por ti. Lo hago por mí. Estos últimos cinco años han sido... han sido un infierno. –No le daba vergüenza reconocerlo, aquel hombre le había abierto su corazón y él no iba a ser menos-. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, Kat ya se había ido. Y estaba tan dolido que no hice nada para recuperarla. No digo que ahora tenga ninguna posibilidad de conseguirlo, pero tienes razón: tenemos que hablar.

-¿De qué? –preguntó Kat, regresando al salón-. ¿De qué tenemos que hablar?

-De lo que vamos a hacer esta noche –improvisó Jack-. Tu padre ha intentado sonsacarme información sobre nuestros planes, pero yo me he mantenido firme y sólo le he dicho que tú y yo aún teníamos que hablarlo.

-¿Esta noche? Creía que tenías una cena de trabajo –mintió ella entre dientes.

-Me la han anulado. –Él aprovechó la misma mentira.

-Podrías ir a cenar a ese restaurante nuevo que han abierto cerca de casa de tu tía. Dicen que sirven unos vinos excelentes –sugirió su padre en plan celestina.

-Ya veremos. Por ahora, concentrémonos en la comida. ¿Tenéis hambre o queréis comer más tarde? –Kat empezó a andar hacia la cocina-. Podemos esperarnos un poco más, como queráis vosotros.

-Por mí está bien –dijo Jack, que no tenía intención de permitir que ella se escaqueara de esa cena-. Si comemos ahora, seguro que por la noche tendremos más hambre.

-Estoy de acuerdo con Jack, además, empiezo a tener sueño.

-De acuerdo, comamos, pero lo de la cena aún está por ver.

Jack y Daniel se confabularon como en los viejos tiempos y, media hora más tarde, lograron que Kat aceptara ir a cenar a ese nuevo restaurante con su ex marido. Él, previendo que ella trataría de darle plantón, le dijo que, dado que le habían anulado esa cena imaginaria y ahora tenía la tarde libre, podía quedarse allí hasta la noche. Y, claro está, Daniel se alegró muchísimo y le dijo que, cuando se despertara de la siesta, podrían ir a dar un paseo y seguir charlando.

Kat les siguió la corriente, pero empezó a preguntarse si realmente había sido buena idea eso de pedir ayuda a Jack. No recordaba lo bien que conectaba con su padre, y no quería que éste sufriera cuando Jack volviera a desaparecer de sus vidas. Sólo esperaba que cuando eso sucediera, porque iba a suceder, su padre ya no estuviera.

5

Llegaron al restaurante a las nueve. Jack, como es lógico, iba vestido igual que antes, con unos vaqueros y un cuello alto negro de lana. Kat, por su parte, se había cambiado, y para el deleite de todos los caballeros allí presentes, lucía un vestido corto, también negro, con unos leggings del mismo color. Al entrar, Jack la cogió por la cintura, en un gesto posesivo que antes, cuando estaban casados, hacía sin darle importancia. Esa noche, lo hizo para dejar claro a todos esos buitres que ella era suya, al menos por un rato.

-No sé por qué hemos tenido que venir a cenar –dijo ella-. Habríamos podido decirle a mi padre que estaba lleno y dar por concluido el teatro del día.

-Yo no he hecho teatro, Kat. Hoy me lo he pasado muy bien. –Jack había llegado a la conclusión de que, dado que Daniel sabía la verdad, lo que él hiciera o no con Kat no era ninguna farsa.

-Seguro. En fin, lo mejor será que comamos cuanto antes. Así podrás regresar a la ciudad pronto y dedicarte a... -buscó la palabra exacta- no sé, a hacer lo que sea que estés haciendo estos días.

-Soy el jefe de la sección gráfica de *The Whiteboard* –explicó él-. Hace unos años Sam, ¿te acuerdas de Sam?

¿Cómo iba a olvidar el hombre que le había dado a Jack la posibilidad de realizarse profesionalmente? Aunque eso conllevara el fin de su matrimonio.

-Claro que me acuerdo de Sam.

-Pues bien, hace un par de años fundó una nueva revista...

-Conozco *The Whiteboard*, es una gran publicación –lo interrumpió ella-. Tiene reportajes muy interesantes.

-¿Te gusta? –No sabía muy bien por qué, pero el que a ella le gustara su revista lo llenó de felicidad-. Gabriel también trabaja allí.

-¿De verdad?, ¿y cómo está? –Kat no se había mantenido en contacto con los amigos de Jack, pero recordaba con especial cariño a Gabriel, pues a él lo había conocido en su época universitaria.

-A punto de ser papá –le contó con una sonrisa.

-No puedo creérmelo, ¿y quién es la futura mamá?, ¿la conozco?

-No, se llama Ágata, y es de Barcelona. Tendrías que ver a Gabriel, está tan contento e ilusionado.

-Cualquiera diría que le tienes envidia –señaló Kat levantando una ceja.

-Se la tengo –respondió al instante mirándola a los ojos.

Pero en ese momento les sirvieron los primeros platos y cuando el camarero se retiró, Kat cambió de tema.

-¿Y viajas mucho?

-No, casi nunca. –Jack, que se había dado cuenta de que ella no quería hablar de ciertas cosas, le siguió la corriente con el interrogatorio-. ¿Y tú?, ¿te gusta tu trabajo?

-Mucho. Doy clases de arte a chicos que van desde los doce hasta los dieciocho años. Es muy estimulante y, como te dije antes, la escuela me permite utilizar sus instalaciones en mis horas libres.

-¿Trabajas en la misma escuela desde que regresaste de Italia? –Quería averiguar qué le había sucedido durante esos cinco años que no la había visto. Más que querer, lo necesitaba.

-Sí y no, cuando regresé trabajé un año más en el museo. Pero luego hubo unos cambios en dirección y no me sentía cómoda con los nuevos gerentes, así que decidí cambiar. Un día, en la exposición de una amiga, conocí a Gerard, el director de la escuela y estuvimos horas charlando. –Al ver que Jack apretaba con fuerza la copa no añadió que Gerard tenía sesenta años y era homosexual-. La mañana siguiente me ofreció el trabajo.

-Qué amable –farfulló Jack después de beber.

-Mucho. –Kat fingió no darse cuenta del tono sarcástico de su ex esposo-. Al principio dudé en aceptar, pero Gerard me convenció. Y la verdad es que ha sido una de las mejores cosas que me han sucedido en la vida.

Él vio que por un instante volvían a brillarle los ojos y se le pasó el ataque de celos. Si ese tal Gerard había conseguido hacerla feliz, él no era nadie para interponerse.

-¿Aún pintas?

-Poco.

-Echo de menos verte pintar –dijo él de repente. No sabía que iba a decirlo, pero las palabras salieron de sus labios sin que él pudiera evitarlo.

-Jack, te lo pido por favor –suplicó Kat mirándolo a los ojos-. No me hagas esto.

-¿El qué? –Quiso cogerle la mano pero ella la apartó.

-Esto, ser cariñoso. –Bebió un poco de vino-. Fingir que te importo.

-Me importas. Siempre me has importado.

-No quiero hablar de eso ahora –dijo Kat como si no lo hubiera oído-. De hecho, no quiero hablar de eso nunca. Lo único que te pido es que me ayudes a que mi padre sea feliz durante unos días. No quiero nada más de ti. –Él iba a decir

algo pero ella se lo impidió-. Me costó mucho aceptar que no podía contar contigo, así que ahora ya no quiero nada. Gracias, pero no, estoy muy bien sola, y seguro que tú también.

Él iba a decirle que no, que no estaba bien, que llevaba cinco malditos años sin estar bien pero, si Kat seguía siendo igual de terca que antes, sabía que no iba a escucharlo.

-De acuerdo. Lo siento –dijo él, en un intento por apaciguar los ánimos-. Sólo quería que supieras que... -Iba a decir, «que te he echado mucho de menos», pero dijo-... me gustan tus cuadros. Eso puedo decirlo, ¿no? Tampoco es tan grave.

-No, no es tan grave.

Y después de esa especie de tregua cenaron tranquilos. Él le contó lo difícil que habían sido los inicios de la revista, y ella las trastadas que le hicieron sus alumnos del último año cuando empezó a darles clases. Jack también le preguntó por su familia, Kat siempre había estado muy unida a sus tías, y ella le respondió con amabilidad. Pagaron y él la acompañó hasta su casa.

-¿Qué vas a hacer mañana? –le preguntó Jack al detener el coche.

-No hace falta que vengas.

-No te he preguntado eso. –Apretó el volante con los dedos-. Lo intentaré de otro modo, ¿te gustaría pasar el domingo conmigo?

Kat lo miró a los ojos y vio que era sincero. Tal vez se sentía culpable por no haberse interesado por su padre durante esos cinco años, o tal vez fuera que de verdad quería volver a verla. No, se dijo a sí misma, eso era imposible.

-Mi padre y yo teníamos previsto ir a pasar el día a Stratford-upon-Avon. Dicen que su feria de Navidad es preciosa. –Vio que él agachaba la cabeza y encogía los hombros derrotado-. Podrías venir, si quieres.

-Me encantaría –respondió con ánimos renovados, y salió del coche para abrirle la puerta-. ¿A qué hora queréis salir?

Kat, abrigada hasta las cejas, salió del coche apreciando ese gesto tan caballeroso. Jack sería muchas cosas, pero tenía unos modales impecables.

-A las ocho, ocho y media. Si queremos aprovechar el día tenemos que salir pronto.

-Llegaré puntual, no te preocupes.

Ella sujetaba las llaves con una mano mientras con la otra se apartaba un mechón de la cara. Jack observó fascinado el gesto y supo que tenía que asegurarse de que ese pelo negro azabache seguía siendo tan sedoso como antes. Levantó una mano y apresó unas hebras entre sus dedos.

-Me gusta tu nuevo peinado –dijo sin desviar la mirada del mechón.

-El martes iré a cortármelo.

Desde que se habían vuelto a ver, y dejando aparte el gesto de cogerla por la cintura al entrar en el restaurante, ésa era la primera caricia que Jack le hacía. Y tuvo que hacer esfuerzos por no llorar. Cuánto lo había echado de menos.

-¿Por qué? –Dio un paso hacia ella-. ¿A ti no te gusta?

-¿El qué? –Como en el pasado, cuanto más cerca estaba él, menos razonaban sus neuronas.

-Llevar el pelo largo –dijo Jack con una media sonrisa dibujada en los labios.

-Sí, sí que me gusta. –Respiró hondo-. Pero no es práctico.

-Vaya. –Ahora sonrió del todo.

-Tengo que entrar, si no mañana no habrá quien me saque de la cama. –Y estaba a punto de tocarle la mejilla para recorrer con un dedo el hoyuelo que allí se le marcaba.

-Sí, aún me acuerdo de un domingo que...

Ella no le dejó continuar.

-Jack, ya te dije que no quería hablar de esa época. –Y abrió decidida la puerta de su casa.

-Pero yo sí, y creo que tú en el fondo también.

Harto de que Kat mantuviera las distancias atrapó sus manos entre las suyas.

-No, no quiero.

Para su desgracia a Kat se le llenaron los ojos de lágrimas y, aunque consiguió mantenerlas a raya, una se le escapó.

-No soporto verte llorar –dijo Jack emocionado-. Antes nunca llorabas.

-Antes todo era distinto.

-Todo no. Estoy seguro de que hay algo que sigue igual.

Y antes de que su cerebro pudiera decirle que se equivocada, o que ella pudiera apartarse, Jack agachó la cabeza y apesó los labios de Kat con los suyos. Ella no tardó ni un segundo en devolverle el beso y Jack sintió cómo el órgano sin vida que había ocupado la cavidad izquierda de su pecho durante los últimos cinco años volvía a latir. Le soltó las manos para poder acariciarle las mejillas y sujetarla así junto a él. No quería dejar de besarla, no podía. Llevaba cinco años sin ella, ¿cómo había podido soportarlo? La acercó a su cuerpo lo máximo posible, devorándola con los labios hasta que no le bastó con eso y en un acto reflejo movió las caderas para poder sentir el calor que emanaba de ella. Fue un error, ante ese gesto tan sensual, Kat se dio cuenta de lo que estaban haciendo y, como si de repente se avergonzara, lo soltó. Jack estuvo a punto de gritar de dolor, pero

permitió que se apartara, aunque en un último instante volvió a cogerle la mano. Tenía que seguir sintiendo su piel.

-¿Kat?

-Tengo que entrar. –Ella mantenía la cabeza inclinada hacia abajo y la mirada fija en el suelo-. Nos vemos mañana.

Él la soltó y ella desapareció en el interior de la casa. Jack se quedó allí unos minutos más. Ese beso le había sacado del estupor en el que vivía. Amaba a Kat, nunca había dejado de amarla. Había sido un imbécil. Furioso consigo mismo regresó al coche, pero antes de arrancar buscó su billetera y abrió el compartimento de las monedas. ¿Dónde estaba? Siempre lo llevaba allí, ah, lo vio y lo depositó en la palma de la mano.

El anillo de Kat. Su alianza.

Ella la había tirado al suelo un día tras una fuerte discusión. Fue a principios de octubre de 2002, se acordaba porque ese mismo mes se fue a China para hacer unas fotos, y se quedó allí hasta diciembre. Habían discutido porque Kat tenía una importante cena en el museo y quería que Jack la acompañara. Entonces, él le dijo que no iba a estar, que en el plazo de dos días iba a volver a marcharse y que esta vez tardaría un poco más en regresar. Al principio ella no se lo tomó mal, y le propuso que, dado que le quedaban muchos días de vacaciones, podría pedirlos en el trabajo e ir al país asiático para estar con él. Jack le dijo que no, aún podía recordar la mirada de su esposa al negarse. Le dijo que iba a estar muy ocupado, yendo de acá para allá, y que «no valía la pena». Fueron esas palabras, «no vale la pena», las que hicieron enfurecer a Kat. Cuánto se arrepentía de haberlas dicho. Cuando ella dejó de gritar, se quitó el anillo y lo tiró al suelo, y tras fulminarle con un: «tienes razón, no vale la pena», se fue a dar una vuelta.

Jack recogió el anillo e iba a dejarlo en la mesilla de noche de Kat, pero en un impulso se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros. Ella regresó pasadas unas horas y se acostó sin decirle ni una palabra.

Dos días más tarde, la mañana antes de irse de viaje, hicieron el amor. Él estaba despierto en el cama con el corazón en un puño, pues no quería irse de allí estando enfadados, y se dio cuenta de que ella tampoco estaba dormida. Se incorporó un poco y empezó a acariciarle la espalda, dándole tiempo para que ella fingiera no haberse despertado. Pero Kat no fingió, ella era incapaz de ser tan retorcida, y le rodeó el cuello para besarlo. No lo soltó durante todo el rato. Jack, que dormía sólo con calzoncillos, se los quitó, y después se dedicó a desabrochar la blusa del pijama de ella. Cuando lo consiguió, centró sus esfuerzos en los

pantalones, y no tardó nada en deslizarlos por las largas piernas de ella. Y Kat seguía sin dejar de besarlo. Fue precioso.

Meses más tarde, Jack entendió lo que Kat había hecho esa mañana. Se había despedido. Y por triste que fuera el recuerdo, cada vez que soñaba con esa noche, se despertaba con las sábanas manchadas.

Cerró la mano alrededor de la alianza. Kat nunca le había preguntado si la había visto, y a él le dolía pensar que esa joya le causara tanta indiferencia. Si conseguía que ella volviera a confiar en él, aunque fuera sólo como amigo, quizá se la devolvería. Aunque le doliera hacerlo.

6

Al igual que el día anterior, Jack llegó a casa de Daniel un poquito antes, pero esta vez llevaba consigo una bolsa llena de pastas para el desayuno. No había dormido en toda la noche, no podía dejar de pensar en el beso de Kat, y en lo mal que habían terminado las cosas entre ellos. ¿Cómo era posible que dos personas que se querían tanto se dijeran adiós sin más? ¿Y cómo diablos lo había permitido? Fue Daniel quien le abrió la puerta, y Jack vio que iba en pijama y con batín.

-¿Te encuentras mal? –preguntó preocupado.

-No, sólo estoy un poco cansado. Supongo que ayer me excedí. No debería haber estado tanto rato fuera de casa.

-¿Quieres ir al médico?

-No, Kat ya lo ha llamado y le ha dicho que si descanso un poco todo volverá a la normalidad. Pasa, pasa, no te quedes aquí fuera. Hace mucho frío.

Jack entró y le ofreció los dulces.

-Gracias, me encantan estas pastas.

-¡Ni se te ocurra, papá! –exclamó Kat. Se la veía cansada, preciosa, pero cansada-. Tienes que cuidarte.

-Debería haberte advertido que esta mañana está en plan «sargento de hierro» -susurró Daniel hacia Jack, y ambos esbozaron una sonrisa.

-Buenos días, Kat –la saludó Jack, caminando hacia ella. Y cuando estuvo a su lado se agachó para darle un beso en la mejilla.

-Buenos días –respondió sonrojada-. Como puedes ver no estamos en condiciones de ir de excursión a ninguna parte.

-Yo no –la interrumpió su padre-, pero vosotros sí. Yo me quedaré aquí, con mi pijama, mis películas y mis medicinas. Estaré bien. ¿Qué vas a hacer? ¿Contemplarme todo el día? –Su hija lo miró de un modo que le dejó claro que eso era precisamente lo que tenía intención de hacer-. Ya te ha dicho el médico que estoy bien, que todo sigue igual, y que lo único que tengo que hacer es descansar. Además, seguro que querréis estar solos –añadió con una maléfica sonrisa. Sabía que Kat le había mentado acerca de su relación con Jack, y estaba dispuesto a utilizar esa misma mentira.

-Tu padre tiene razón, Kat. Podríamos ir a Stratford tal y como teníamos previsto. Mira –le enseñó unos papeles que llevaba doblados en el bolsillo del abrigo-, tengo un montón de mapas e información sobre sitios de interés. Además

de la feria de Navidad que querías ver, hay un hotel precioso en el que podríamos comer.

-No sé, ¿seguro que estarás bien? –preguntó a su padre.

-Seguro. Y si tienes que estar más tranquila, mañana te dejo que me lleves a hacer otro chequeo. –Sonrió y logró que su hija hiciera lo mismo.

-Está bien, iré a por mi abrigo.

Kat se fue a su habitación y Jack se acercó a Daniel.

-¿De verdad estás tan cansado? ¿O es una estratagema para que Kat y yo estemos solos? A mí puedes decirme la verdad. –Levantó las manos-. No me quejaré, me apetece mucho estar con ella.

-Estoy cansado, aunque tal vez haya exagerado un poco. –Se sentó en el sofá-. ¿Qué tal os fue anoche?

-Bien. –Por increíble que pareciera, a sus treinta y cuatro años, Jack se sonrojó-. Creo. ¿Te ha dicho algo?

-Nada. Pero eso es buena señal –lo consoló Daniel.

-¿Cómo que es buena señal?

-Cuando os peleabais tanto se pasaba horas criticándote. Creo que nunca le he oído decir tantos tacos como entonces.

-No eran tacos, papá –apuntó la interesada apareciendo de repente-. Eran adjetivos descriptivos.

Esa costumbre que tenía de aparecer en medio de las conversaciones ajenas no era nada recomendable.

-Da igual –intercedió Jack-, seguro que me lo tenía merecido. ¿Estás lista?

-Sí, cuando quieras podemos irnos.

Kat besó a su padre y volvió a repetirle que prefería quedarse con él, pero Daniel los echó de allí sin ningún miramiento.

Llegaron a Startford cerca de las once y pasearon un rato por el mercado. Jack la cogió de la mano y ella se soltó, pero él volvió a intentarlo una y otra vez, hasta que Kat se dio por vencida y se lo permitió. Él empezó a contarle lo que hacía cada día, le habló de su trabajo, de sus nuevos amigos y le contó que dos de ellos iban a casarse la primavera siguiente y él iba a ser el padrino.

-¿Te hace ilusión? –le preguntó Kat, refiriéndose a dicha boda.

-Mucha. Amanda es fantástica, tendrías que conocerla. Gracias a ella, Sam está de mucho mejor humor y ya no nos hace hacer locuras al resto.

-¿Y su novio?

-David es un tipo magnífico. Se conocieron hace poco en el metro, al parecer los dos son grandes aficionados a los crucigramas. Pero basta verlos para saber que están hechos el uno para el otro. –«Igual que tú y yo», pensó, pero no se lo dijo-. Él está impaciente por casarse, al parecer a su familia le hace muchísima ilusión la boda. ¿Te acuerdas del número que montó tu tía Elsa en la nuestra?

-Como olvidarlo –respondió con una sonrisa-. Ya te dije que vigilaras que no bebiera tanto champán.

-Ya, bueno, creo recordar que estaba ocupado con otras cosas –le recordó él. El día de su boda, los dos estaban tan contentos que se besaban cada dos por tres.

-Por suerte, la tía Elsa apenas recuerda nada.

Los dos sonrieron y ella buscó otro tema de conversación.

-¿Echas de menos viajar?

-No, para nada. –Jack quería decirle lo que de verdad pensaba de todo eso, pero como no quería tener esa conversación en medio de la calle le sugirió un cambio de planes-: ¿Te apetece tomar algo?

-Claro, si quieres podemos ir a aquel hotel del que me has hablado antes.

Él asintió y la condujo hacia allí.

Entraron en un comedor precioso, justo al lado de la recepción, y pidieron que les sirvieran té y algunos sándwiches. Jack habló antes de perder el valor, sabía que no iba a ser fácil:

-Kat, sé que no quieres hablar del pasado. –Vio que ella armaba sus defensas, pero no se amedrentó-. Pero yo necesito decirte algo.

-Dime –dijo tensa.

-Lo siento. –Le cogió las manos cuando ella iba a apartarlas-. Fui un imbécil. Un idiota. Estaba tan obsesionado con triunfar, con ser el mejor fotógrafo del mundo que, valga la comparación, me dejé cegar por los flashes. Pensé que todo ese éxito era lo que me hacía feliz. –Le acarició los dedos-. Pero lo que me hacía feliz era volver a casa. Estar contigo.

-Claro, y por eso estabas tan contento –lo atacó ella.

-No sé si conseguiré explicártelo, sólo Dios sabe lo que a mí me costó entenderlo. Pero si me dejas, trataré de hacerlo. –Interpretó su silencio como un sí-. Cuando llegaba a casa sólo pensaba en estar contigo, en hacerte el amor, en salir a pasear, en hablar de nuestras cosas... Y me sentía culpable. Creía que si me

desconcentraba, que si decía que no a algún viaje, a algún reportaje, todo eso se esfumaría y volvería a quedarme sin trabajo, sin carrera. Y que te defraudaría.

-Tú nunca me defraudaste. Al menos no en ese aspecto. –Kat no sabía cómo reaccionar. Por una parte se alegraba de que él se disculpara, pero por otra le dolía que él creyera que con eso se borraba todo el dolor del pasado.

-Lo sé. Ahora lo sé. Me costó mucho, y tuve que perder lo que más he querido en este mundo, pero al final lo entendí. Después del divorcio fui a Canadá. Fue horrible. El día que regresé, cuando abrí la puerta del piso fue como si alguien me hubiera dado un puñetazo. Ese día me di cuenta de que te había perdido, y que todo había sido culpa mía. Me emborraché. –Esbozó una sonrisa de autocrítica-. Patético, lo sé. Creo que estuve borracho dos o tres días seguidos. –A Kat empezaron a sudarle las manos pero él no la soltó. Si sólo tenía esa oportunidad no iba a desaprovecharla-. Me he pasado cinco años esperando a reunir el valor suficiente para llamarte y pedirte perdón. Me he pasado cinco años buscando la más mínima excusa para poder ir a casa de tu padre y preguntarle dónde estabas. Me he pasado cinco años buscándote en cada calle por la que pasaba, cada cine en el que entraba, cada restaurante al que iba. Y nunca, ni una sola vez te vi.

-Yo a ti sí –dijo ella de repente, y Jack supo que eso tampoco iba a ayudar a su causa.

-¿Cuándo?, ¿dónde?

-Un año después del divorcio. En primavera. –Empezó a contárselo sin mirarle a los ojos-. Unas amigas insistieron en que saliera con ellas una noche por la ciudad. Me llevaron a un bar, creo que se llamaba *The Covenant*, o algo por el estilo.

Oh, no, el destino no podía ser tan cruel.

-Antes de que continúes, deja que te diga que no estoy muy orgulloso de algunas de las cosas que hice durante ese año. –A decir verdad, en esa época Jack había estado sumido en una especie de vorágine de autodestrucción. Si no hubiera sido por Gabriel y Amanda, e incluso Sam, tal vez no habría logrado salir de ella con vida.

-Estabas allí, en la barra, con una rubia. Ella parecía fascinada contigo.

-Si te sirve de consuelo, ni siquiera me acuerdo. –Levantó una mano y le acarició la mejilla-. No te engañaré diciendo que he sido un monje durante todo este tiempo, pero te juro que nunca, ni una sola vez, pensé en otra mujer que no fueras tú.

Kat no pudo soportarlo más, tenía que salir de allí. Se levantó y corrió hacia la entrada. Jack dejó unos billetes sobre la mesa, confiando en que hubiera bastante, y salió tras ella.

La alcanzó en la puerta del hotel, le dio media vuelta y la besó. Kat se abrazó a él con fuerza, sujetándolo por las solapas del abrigo, y le devolvió el beso. Lo había echado tanto de menos. Sabía que tenía que contarle la verdad, que había llegado el momento de ser tan sincera con él como él lo había sido con ella, pero por ahora lo único que quería era besarlo. Volver a sentir ese calor que sólo sentía cuando Jack la tenía en brazos. Esa ternura que sólo él lograba despertarle. Esa pasión que llevaba cinco años durmiendo en su interior. A él le temblaban las manos, como si estuviera nervioso, y los besos que le daban estaban teñidos de desesperación. La llama que había estado apagada todo este tiempo volvió a arder incluso con más fuerza que antes, y Kat se dio por vencida. Le soltó la solapa y deslizó las manos hasta la nuca de Jack, para acariciarle el pelo de ese modo que tanto le gustaba. Él apretó los brazos y lento, muy lento, bajó con los dedos hasta sus nalgas.

-Ya no tenéis edad para estas cosas –dijo una señora al pasar por su lado.

Y Jack se apartó un poco y miró a Kat a los ojos.

-No quiero hacerle el amor a mi mujer en el recibidor de un hotel. –Antes de que Kat pudiera corregirlo volvió a besarla.

Le recorrió el labio con la lengua, y cuando ella entreabrió la boca hizo lo mismo con los dientes para terminar mordiéndola con ternura.

-Kat, mi amor.

Entonces, ella se separó y, sin decir nada, lo cogió de la mano y se dirigió a recepción donde pidió, sin inmutarse, una habitación.

7

Jack no podía creer lo que estaba pasando. Él no había querido insinuar eso, lo que él había querido decir era que tenían que dejar de besarse y salir de allí. Por supuesto que deseaba hacer el amor con Kat. Lo deseaba incluso más que respirar. Pero no sabía si su incipiente relación estaba preparada para dar ese paso. Él quería recuperarla, reconquistarla, volverse a ganar su confianza. Y así iba a decírselo... tan pronto como recuperara la capacidad de hablar.

Kat no sabía qué estaba haciendo. Lo de pedir una habitación había sido un impulso, una locura. Pero estaba harta de sentirse tan mal, harta de preguntarse si se había equivocado, harta de soñar con el Jack del que se enamoró con tan solo veinte años. Harta de echarlo de menos. Quería hacer el amor con él. Se lo merecía, se dijo a sí misma. Dentro de unas horas ya se sentiría culpable, o como una idiota si hacía falta, pero por el momento iba a fingir que seguían juntos y que se amaban. Total, a ella no iba a costarle demasiado. Lo amaba. Nunca había dejado de hacerlo. Ni ese maldito diciembre.

-¿Vienes? –le preguntó ella, deteniendo la puerta del ascensor con una mano.

Jack se acercó despacio, ni siquiera se había dado cuenta de que Kat se había apartado, entró y las puertas se cerraron.

-¿Crees que es lo mejor? –Se veía incapaz de formular una pregunta más elaborada.

-No. –Lo miró a los ojos-. Llevo demasiado tiempo sintiéndome sola. Y hoy no quiero estarlo.

Él levantó una mano y le apartó un mechón de pelo. Quería preguntarle tantas cosas, quería decirle tantas cosas, pero podía esperar. Tal vez, si hacían el amor esa tristeza que veía en los ojos de Kat se desvanecería un poco, y tal vez él podría volver a sentir que su vida tenía sentido. La puerta del ascensor se abrió y ella siguió la flecha que indicaba el camino hacia su habitación. Jack se hizo con la llave e hizo los honores. Kat estaba nerviosa, siempre que estaba nerviosa se balanceaba sobre sus talones, y ahora no paraba de hacerlo.

-¿Kat?

Si había cambiado de opinión podían irse de allí en menos de un minuto.

Ella no dijo nada, así que se acercó a ella y la abrazó. Fue el mejor abrazo del mundo, de esos en los que se funden las almas y se acompañan los latidos de los corazones. Kat se estremeció y Jack le levantó la barbilla con un dedo. Sus

miradas se encontraron y ella se puso de puntillas para besarlo con labios temblorosos.

-Kat, yo...

-Bésame –lo interrumpió-, abrázame.

Lo hizo.

Jack y Kat se fueron desnudando el uno al otro a medida que se iban acercando a la cama. Al llegar allí ya estaban en ropa interior y él se apartó un poco para acariciarla con los ojos.

-Eres igual que en mis sueños –susurró emocionado.

Con los dedos resiguió el camino que habían trazado sus pupilas, esperando a que cada centímetro de piel se erizara bajo sus yemas. Mientras, ella le acarició la espalda, resiguió sus pectorales y lo torturó mordándole la clavícula. Jack aprovechó que aún podía razonar y le desabrochó el sujetador. Ya casi estaba desnuda. Inclino la cabeza y, aunque le dolía tener que dejar de besarla, apartó los labios y los deslizó por el cuello de Kat hasta sus pechos. Los besó. Les hizo cosquillas con la punta de la nariz, y los saboreó hasta que sintió que ella se estremecía de placer en sus brazos. Entonces, la levantó del suelo y la tumbó en la cama. Se arrodilló a su lado unos segundos, esperando a que ella abriera los ojos. Cuando lo hizo, aguantó la mirada y despacio, muy, muy despacio volvió a besarla.

-Mírame –le dijo al terminar el beso-. Mírame, Kat.

Ella sabía lo que le estaba pidiendo. Jack no quería ser un amante anónimo, no quería ser el hombre con el que pasaba el rato porque no quería estar sola. Quería que ella supiera que era él, y nadie más, el que le estaba haciendo el amor. Quizá aún no estaba preparada para contarle toda la verdad, pero sí que podía decirle que nunca habría podido confundirlo con otro.

-Sé que eres tú, Jack. Siempre has sido tú.

Los ojos verdes de Jack brillaron con una luz especial, y sin decir nada se quitó los bóxers y los dejó a un lado. Hizo lo mismo con la ropa interior de ella y luego se tumbó encima de Kat con cuidado. Con los labios le resiguió las cejas, los ojos, la nariz, el lóbulo de la oreja derecha y se fue deslizado hacia abajo ayudado por esos besos. Al llegar a un muslo se detuvo.

-¿Qué es esta cicatriz? –preguntó al ver la pequeña marca.

Kat levantó unos segundos la cabeza y antes de responder deslizó los dedos por el pelo de Jack.

-Llevas el pelo demasiado largo. Así te pareces al protagonista de *La Momia*.

Él sonrió y le besó la cicatriz.

-No me despistes. ¿Cómo te la hiciste?

-Como todo el mundo. Me caí.

-¿Dónde?

-¿No se supone que estabas besándome?

-Y seguiré haciéndolo, te lo prometo, ni Inmhotep en persona podría echarme de aquí, así que desembucha.

-Fue hace un par de años –le explicó sin dejar de tocarlo-. Salía de una clase muy cargada y no me fijé en que salía un clavo de la barandilla de la escalera. Suerte que llevaba vaqueros, los pantalones se llevaron la peor parte. Sólo tuvieron que darme dos puntos.

Jack se agachó y le besó la cicatriz.

-Siento no haber estado allí. Te habría cuidado.

Esa frase la afectó de un modo inesperado, pues los dedos que tenía en su cabeza se tensaron de golpe.

-¿Qué pasa?, ¿he dicho algo malo?

Ella pareció pensarlo, pero al final respondió.

-No, nada. Creo recordar que dijiste que si te lo contaba seguirías con los besos, así que...

-Siempre fuiste muy exigente –susurró con una sonrisa antes de cumplir con su promesa.

A los besos que le dio en los muslos siguieron otros en las rodillas, los tobillos, los brazos. No hubo parte del cuerpo de Kat que Jack dejara sin besar. Ya no podía más, ninguno de los dos podía seguir sin sentir el calor del otro en su interior. Excitado como sólo le sucedía estando con ella, Jack volvió a colocarse encima y despacio se deslizó en su interior. Kat hizo una mueca de dolor que intentó disimular, pero a él no se le escapó.

-¿Te he hecho daño?

-No –respiró hondo-. Es que hace mucho tiempo.

Jack se detuvo y la miró a los ojos.

-¿Cuánto?

Ella no contestó.

-Yo hace tres años –confesó él-. No tenía sentido seguir fingiendo que cada mujer con la que me acostaba eras tú.

A Kat le tembló el labio inferior y levantó una mano para apartar ese mechón rebelde que le cubría un ojo a Jack.

-Al principio casi lo consigo. –Susurró él antes de besarla-. Antes de acostarme con ninguna, solía oler tu perfume. –Empezó a mover las caderas-. Cerraba los ojos y pensaba en ti. –Se incorporó un poco y deslizó una mano entre

sus cuerpos para poder acariciarla a la vez que le hacía el amor-. Una noche fui incapaz de excitarme. –Si humillándose de ese modo conseguía que lo perdonara y le diera otra oportunidad no le importaba hacerlo. Además, era verdad-. Y me di cuenta de que tenía que parar.

-Jack, cariño –suspiró ella.

-Soñar contigo me daba mucho más placer que tocar a ninguna mujer –siguió él.

-Yo... -farfulló Kat, cuyas caderas seguían ya el ritmo de las de él.

-Así que pensé –se interrumpió para besarla con devoción-, que tendría que tener bastante con tus sueños.

Ambos tenían ya la respiración entrecortada, el cuerpo cubierto de sudor, los corazones acelerados.

-Cinco. Cinco años –susurró Kat.

Y con esas dos palabras, nada eróticas en sí mismas, Jack alcanzó el orgasmo y arrastró a Kat con él. El cuerpo de Jack se estremeció, el placer que sintió amenazó con hacerle estallar la piel, y todo su ser agonizó del amor que sintió al saber que ella, su Kat, seguía siendo suya. Cuando dejó de temblar levantó despacio la cabeza y la miró a los ojos. No se lo merecía. No se merecía que una mujer como ella sintiera nada por él, pero se pasaría el resto de su vida compensándola.

-Te amo –le dijo, y sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla-. Te amo, Kat. –Otra lágrima-. No te pido nada, no hace falta que sientas lo mismo por mí.

Ella lo miraba con las pupilas dilatadas, tanto por el placer tan grande que acababa de sentir, como porque no sabía qué decir.

-Bueno, sí, quiero pedirte dos cosas. La primera. –Le dio un beso lleno de ternura-. Deja que te quiera. Permíteme estar contigo, a tu lado. Y la segunda, hay algo que necesito saber: ¿por qué me dejaste de ese modo? ¿Por qué no quisiste que lo habláramos? Tal vez lo hubiéramos solucionado.

En ese instante sonó el móvil de Kat y ella se puso nerviosa. Apartó a Jack y corrió a buscarlo. Era el número de su tía Millie, le había pedido que fuera a echar un vistazo a su padre, así que contestó en seguida.

-¿Tía?

-Kat, no te asustes, pero tu padre está en el hospital.

-¿¡En el hospital!?! –Se cayó de rodillas al suelo-. ¿Qué ha pasado?

Jack tardó sólo un segundo en correr a su lado y rodearla con los brazos.

-Se ha caído al subir las escaleras. Los médicos dicen que no es nada, que ha sido sólo un pequeño accidente doméstico y que no tiene nada que ver con su enfermedad. Él ha insistido en que no te llamara, pero yo he creído que sería mejor que lo supieras.

-Has hecho muy bien, tía. Ahora mismo voy para allá.

Colgó y empezó a vestirse. Jack hizo lo mismo y, como terminó antes, le dijo:

-Voy a buscar el coche. Te espero en recepción.

Antes de salir le dio un beso, pero ella estaba tan asustada que ni se enteró.

Hicieron todo el trayecto en silencio. Kat pensando en su padre, y Jack en que ella no le había dicho nada sobre su relación. Él se mantuvo callado y no insistió, aunque su corazón estaba desesperado por saber su respuesta y salir así de esa agonía. Ahora Kat necesitaba que la apoyara, y eso era exactamente lo que iba a hacer. Llegaron al hospital y ella casi saltó del vehículo en marcha. Jack fue a aparcar y cuando entró no la vio por ningún lado. Preguntó en información el número de la habitación del señor Spencer, y se dirigió hacia allí.

Al entrar, y comprobar con sus propios ojos que Daniel estaba bien, sintió como si le quitaran un enorme peso de encima. Como era de esperar, Kat estaba abrazada a su padre, que lo único que tenía era un discreto vendaje en la frente.

-Ya te he dicho que estoy bien –repitió el hombre-. No pasa nada.

-Tienes que ir con cuidado, papá –lo riñó su hija.

-Y voy con cuidado, ese escalón lleva meses flojo –se defendió él.

-Luego lo arreglo –ofreció Jack desde la puerta.

-¡Jack!, qué alegría verte, hijo –lo saludó Daniel-. ¿Os lo habéis pasado bien?

-Papá, Jack y yo no estamos juntos –soltó Kat de repente-. Sólo lo dije para que estuvieras tranquilo.

Los dos hombres se quedaron atónitos mirándola.

-¿Es cierto eso, Jack? –preguntó el padre de la muchacha en un intento por salvar la situación.

Jack no podía ni respirar. Su corazón, que justo había resucitado, acababa de morirse por completo. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué? Tenía ganas de llorar, de fumar, de gritarle allí en medio, de... suplicarle de nuevo que lo perdonara y le diera otra oportunidad. Pero Kat ni siquiera lo miraba, tenía la mirada fija en su padre.

-Sí, es cierto –le tembló la voz al responder-. Kat vino a verme el viernes y me dijo que estabas enfermo y que estabas preocupado por ella. Me dijo que si fingíamos estar juntos, tú te tranquilizarías y estarías mejor. –Vio que Daniel iba a decir algo, y como no quería que confesara que ya lo sabía y que su hija se enfadara con él, no le dejó hacerlo-. Acepté. Pero no lo hice por ti, Daniel, lo siento. –Respiró hondo-. Lo hice porque quería estar con Kat. –Cerró los ojos unos segundos, y cuando volvió a abrirlos se acercó a ella. Pero aunque estaban a pocos centímetros, miles de kilómetros los separaban-. Kat, mírame, por favor. –Ella levantó la vista-. Te amo. Siento muchísimo lo que pasó hace años, siento muchísimo no haber sido el hombre que necesitabas. Te amo, y quiero volver a intentarlo, si de mí dependiera volvería a casarme contigo mañana mismo, pero estoy dispuesto a aceptar lo que tú quieras.

Ella lo miró a los ojos y no tardó en responder.

-Quiero que te vayas. No quiero volver a verte jamás.

Jack casi se cae al suelo de la impresión, pero por respeto a Daniel consiguió mantener el aplomo unos segundos más.

-De acuerdo. Me iré. –Se giró hacia su ex suegro-. Siento mucho no haber mantenido el contacto durante estos últimos cinco años y, si a Kat no le importa, me gustaría poder llamarte de vez en cuando. –Vio que ella asentía y continuó-: Te llamaré la semana que viene. Cuídate.

-Y tú también.

Jack sonrió con tristeza y salió de la habitación.

Llegó al coche como un autómata y lo primero que hizo fue abrir la guantera y sacar el paquete de cigarrillos. Fumó uno. Dos. Tres. Golpeó el volante. Se secó las lágrimas. Y arrancó el coche. Al entrar en su piso caminó directamente hacia la cocina y cogió la botella del otro día. Si la primera vez que la perdió se quedó sin corazón, ahora se había quedado también sin alma. Bebió hasta no sentir el sabor de los labios de Kat en su lengua, hasta no oler su perfume en sus manos, hasta no recordar su cuerpo bajo el suyo. Bebió hasta derrumbarse. Y cuando se despertó se dio cuenta de que había vuelto a hacer lo mismo; ella lo había echado de su lado y él se había ido sin rechistar. Pues no. Esta vez no. Esta vez iba a ir a buscarla y a exigirle que lo escuchara. Esta vez no se iba a rendir sin pelear.

Mientras Jack se compadecía de sí mismo, en el hospital Kat no corría mejor suerte.

-¿Se lo has contado?

-No, papá. Y no insistas –respondió a la defensiva.

-Kathryn. –Su padre sólo la llamaba así cuando estaba muy enfadado-.

¿Acaso no ves que ese chico está loco por ti?

-Tan loco como para que firmara los papeles del divorcio en menos de media hora.

-Tú no quisiste hablar con él, ¿te acuerdas? –Le hablaba como si fuera una niña pequeña-. Y me hiciste jurar que no se lo contaría. Debí de estar loco para acceder a semejante estupidez.

-No se merece saberlo. –Kat se puso a ordenar la mesilla de noche-. Además, es mejor así. Tarde o temprano habría vuelto a irse.

-Sabes que no. Sólo tienes que mirarlo para saber que ha cambiado. El Jack de ahora no es el de hace cinco años y, pequeña, me temo que casi todo el mérito es tuyo.

-Tal vez haya sido demasiada dura con él –susurró ella.

-Tal vez. Mira, cariño, tú lo amas, quizá a él puedas ocultárselo, pero no a mí. Habla con él. Daos una oportunidad. La vida es demasiado corta para pasarla separado de la persona que amas.

-Papá –dijo Kat con lágrimas en la garganta-. ¿Qué voy a hacer sin ti?

-No te preocupes, no tengo intención de irme por mucho tiempo. –Vio que ella lo miraba extrañada-. Ya sé lo que dicen los médicos, pero qué sabrán ellos. Todos tenemos que morir algún día, yo solamente tengo el margen más acotado –añadió con una sonrisa-. ¿Crees que podemos irnos a casa?

Su hija se recompuso un poco antes de responder.

-Iré a ver.

Minutos más tarde, Kat y su flamante padre, luciendo el vendaje como si fuera una herida de guerra, regresaron a su casa.

8

Jack llamó al trabajo para decir que no iba a ir, y a Amanda casi le cae el teléfono al suelo.

-¿Qué te pasa?

Él nunca estaba enfermo, y nunca faltaba al trabajo.

-Kat –se limitó a responder él.

-¿Kat?, ¿tu ex esposa? –Jack le había contado toda su patética historia a Amanda-. ¿Está aquí?

Le hizo un resumen de todo lo que le había sucedido desde el viernes, y al terminar su amiga dijo:

-Tranquilo, se lo diré a Sam. Llámame si necesitas que David o yo vayamos a tu casa esta noche. –No le hizo falta añadir «haz el favor de no hacer ninguna tontería», pues Jack lo entendió perfectamente.

-Gracias.

Resuelto ese tema, Jack se duchó y salió decidido hacia casa de Kat. Esta vez tendría que echarlo de allí a patadas. Buscó el paquete de cigarrillos y vio que se los había acabado. Mierda, tendría que cruzar por todas esas calles repletas de gente «super feliz» y luces navideñas sin un cigarrillo. Daba igual. No tenía tiempo que perder, el resto de su vida lo estaba esperando.

Después de pelearse con un imbécil disfrazado de Papá Noel que repartía publicidad de unos grandes almacenes, Jack llegó al aparcamiento donde guardaba su coche y condujo sin dejar de pensar en todo lo que le diría. Pero cuando ella abrió la puerta se quedó sin habla.

-¿Qué haces aquí?

No respondió, sino que agachó la cabeza y la besó. Kat tardó unos segundos en reaccionar, pero al final le devolvió el beso. E incluso lo abrazó. Animado por su reacción, era imposible que lo besara así y no lo amara, se arriesgó a continuar con su plan.

-No pienso irme. No te lo pondré tan fácil como la última vez –sentenció.

-Será mejor que pases –ofreció ella. Hacía demasiado frío como para estar allí declarándose en medio de la calle.

-Gracias. ¿Cómo está tu padre? –preguntó con sincera preocupación.

-Estoy bien –respondió el interesado desde el sofá.

-Kat, ¿podríamos hablar a solas? No te lo tomes a mal, Daniel –añadió dirigiéndose al padre de ella-, pero necesito hablar con tu hija.

-Ya era hora –dijo el hombre-. Pero el doctor me ha dicho que evite ese escalón lo máximo posible –bromeó.

-Podemos hablar en mi habitación –sugirió Kat-. Vamos.

Subieron la escalera uno detrás del otro y cuando abrió la puerta, Kat se dio cuenta de que había cometido un error. Jack tardó menos de un segundo en verlo.

-Tienes el cuadro. –Señaló la pintura que durante su matrimonio había colgado encima del cabezal de su cama-. Me preguntaba qué habrías hecho con él. Es precioso, me había olvidado de cuánto. –Respiró hondo y se lanzó al vacío-. ¿Cómo pudiste pintar eso y dejarme sin decir nada? Dímelo, por favor. Necesito saberlo. –Ella seguía callada y él le cogió una mano. Estaba helada.

Kat también respiró hondo y decidió seguir el consejo de su padre.

-¿Te acuerdas de la mañana antes de que te fueras a China? –preguntó ella, apartándose de él para sentarse en la cama.

-Hicimos el amor –susurró él, y ella lo miró como si le sorprendiera que se acordara-. Jamás olvidaré esa vez, fue maravilloso.

-Me quedé embarazada.

Jack se quedó sin aliento y le temblaron las rodillas, así que se sentó en una pequeña butaca que ella tenía para dejar la ropa.

-Hacía meses que no tomaba pastillas, tú no estabas casi nunca y la ginecóloga me dijo que podía hacer un descanso. Cuando vi que se me retrasaba el periodo no le di importancia, pero pasados unos días compré un test de embarazo. Me puse tan contenta cuando vi el resultado positivo. Te llamé, pero no me cogiste el teléfono. –Él estaba catatónico-. No me enfadé, sino que decidí darte una sorpresa el día de nuestro aniversario.

El aniversario que a él se le olvidó, el aniversario al que él no asistió, pensó Jack, y sintió náuseas.

-Envolví el test de embarazo como si fuera un regalo. Le puse un lazo y todo. –A Kat le resbaló una lágrima por la mejilla y eso sacó a Jack de su estupor, y corrió a su lado. No la abrazó, ella parecía no quererlo, pero le cogió una mano-. Tú ni siquiera te acordaste. La mañana siguiente, empecé a encontrarme mal, y en seguida supe que algo iba mal. Empecé a sangrar y llamé a una ambulancia. Cuando llegué al hospital ya había perdido al bebé.

-Dios, Kat. –La abrazó-. Lo siento, mi vida.

Ella se mantuvo tensa, y se apartó para poder continuar.

-Ya sé que en esa época no nos planteábamos tener niños, pero estaba tan contenta. La doctora me explicó que, como estaba de tan poco, el aborto había sido espontáneo, algo que por desgracia es muy habitual, y que no tenía de qué preocuparme, que pronto volvería a quedarme embarazada.

-¿Por qué no me llamaste?

Kat se secó una lágrima con el reverso de la mano.

-Lo hice. Dos veces.

-Joder. No te devolví la llamada. –Se levantó y se arrodilló delante de ella-. Pégame. Me lo merezco.

Ella lo miró a los ojos y levantó una mano, pero lo único que hizo fue capturar una de las lágrimas que también resbalaban por las mejillas de Jack.

-Hace cinco años lo habría hecho. Te eché tanto de menos, allí sola en el hospital, mientras esa mujer me decía que no pasaba nada, yo no podía dejar de pensar que había perdido la última oportunidad que tenía de ser feliz. Hacía meses que las cosas no iban bien entre nosotros, estabas obsesionado con tu trabajo, con triunfar, me hacías sentir...

-No lo digas. –Le puso los dedos en los labios-. No podría soportar volver a escucharlo.

-Cuando por fin te dignaste llamar fue una de esas conversaciones absurdas de medio minuto y después de colgar supe que no podía seguir así. Hice las maletas y me fui. Llamé al abogado al día siguiente y le pedí que preparara los papeles.

-Papeles que yo, como un imbécil, firmé sin rechistar.

-Supongo que una pequeña parte de mí soñaba con que te opondrías, con que me confesarías tu amor eterno y me pedirías perdón. Pero no lo hiciste. Firmaste y te fuiste a atender una llamada.

Jack, que seguía de rodillas frente a ella, se pasó las manos por la cara.

-Kat, sé que nada de lo que haga hoy podrá compensar el dolor que te causé en el pasado. Pero te amo. Siempre te he amado. Me casé contigo porque quería pasar el resto de mi vida a tu lado, pero en algún momento me olvidé de que eso requiere mucho esfuerzo y te perdí. Me equivoqué. Y he pagado por ello, créeme.

-Cuando salí del hospital después de perder al bebé, sólo pensaba en que quería hacerte sufrir. Y pensé que divorciándome de ti lo conseguiría, así que supongo que, de un modo muy retorcido, sabía que me amabas. Sabía que perderme iba a hacerte daño y lo hice a conciencia.

-Daño es una palabra demasiado vaga para describir la agonía por la que he pasado durante estos últimos cinco años. ¿Crees que podrás perdonarme?

Kat le acarició el pelo.

-Sí, creo que sí. Ahora, cuando pienso en todo lo que sucedió ya no me duele tanto. Al principio, sólo me acordaba de las cosas malas, de las discusiones, de tus viajes... pero el viernes, cuando te volví a ver, empecé a recordar todos los buenos momentos que pasamos juntos. Así que sí, creo que podré perdonarte.

Jack le puso una mano en la barriga.

-Antes del aborto –le tembló la voz-, ¿te encontrabas bien?

-Sí. –Ella colocó una mano encima de la de él-. Pero la verdad es que era demasiado pronto para notar nada.

Él descansó la cabeza en las rodillas de ella.

-Y ayer por la noche, ¿por qué me echaste de la habitación del hospital? –le preguntó sin apartarse.

-Porque después de hacer el amor contigo me di cuenta de que no podría soportar perderte de nuevo. Pensé que si te alejaba de mí lo suficiente no me acordaría de cuánto te amo.

Jack se incorporó de golpe y la miró a los ojos.

-¿Y te has acordado?

-Me he acordado.

-Kat. –La abrazó con todas sus fuerzas-. Mi vida, mi amor. No quiero volver a alejarme de ti. Te necesito, te amo.

-Y yo a ti.

Los dos estaban llorando, pero se besaron con todo el amor que habían estado conteniendo durante cinco años. Un amor que ninguno de los dos había podido entregar a otra persona. Se desnudaron entre caricias y declaraciones de amor. Se besaron en medio de promesas y juramentos. Y se entregaron de nuevo sus cuerpos, sus almas y sus corazones. Ella le susurró al oído que lo amaba, y él se lo dijo con cada beso. Y cuando alcanzaron el orgasmo, tanto Jack como Kat supieron que esta vez iban a hacerlo bien. Que esta vez iba a ser para siempre.

Un par de horas más tarde, Kat abrió los ojos y vio que se había quedado dormida en los brazos de Jack.

-¿Sabes una cosa? –le preguntó a Jack, que seguía medio dormido-. Jamás me perdoné no haber recuperado mi alianza. Me pasé días buscándola.

Él le dio un beso en los labios y la apartó de encima de su torso.

-En seguida vuelvo. –Buscó sus pantalones de entre el montón de ropa que había en el suelo y sacó la cartera.

-¿Qué haces? –preguntó Kat sentándose en la cama sin entender nada.

Jack se arrodilló de nuevo delante de ella y muy serio dijo:

-Hace cinco años fue la peor Navidad de toda mi vida. El veintitrés de diciembre se convirtió en un día maldito, ese día no sólo te perdí a ti, perdí la esperanza de volver a ser feliz.

-Jack... -lo interrumpió ella emocionada.

-Déjame terminar. Te amo, Kat. ¿Quieres casarte conmigo? Otra vez. –Y le ofreció el anillo que llevaba cinco años guardando como si fuera un tesoro.

-¡Es mi alianza! ¿La has guardado todo este tiempo?

-Todo este tiempo, junto con mi corazón y todos mis recuerdos. ¿Qué me dices, quieres casarte conmigo?

Ella no contestó, pero cogió el anillo y lo deslizó en su dedo.

-Sabes –insistió él-, dicen que en Navidad los deseos se hacen realidad.

-¿Y cuáles son tus deseos, Jack? –preguntó ella, antes de bajar de la cama y arrodillarse a su lado.

-Deseo casarme contigo, deseo despertarme cada día a tu lado, deseo acostarme cada noche junto a ti, deseo sentir la emoción de escucharte decir que estás embarazada, deseo celebrar mil navidades contigo, deseo verte pintar otra vez, deseo contarte lo genial que es mi trabajo ahora, deseo muchas cosas. Pero lo que más deseo es hacerte feliz.

Kat lo miró a los ojos y vio, que al igual que los suyos, estaban llenos de lágrimas.

-Yo deseo lo mismo.

Entonces Jack la besó y empezó a tumbarla en la alfombra que había en el suelo para hacerle el amor otra vez. Tal vez así uno de esos deseos se haría realidad en los próximos nueve meses. Estaba loco por esa mujer, y no podía creerse que el destino le hubiera regalado esa segunda oportunidad. Una oportunidad que no iba a dejar escapar. Dejó de besarla durante unos segundos y la miró a los ojos.

-Feliz Navidad, Kat.

-Feliz Navidad, Jack.

Y esa Navidad sí lo fue.

No te olvides de visitar mi
página web
www.annacasanovas.com
y contarme si te ha
gustado.